

Guerrilleros, bandidos, aventureros y comisarios:

la historia de Juan Downie

Charles Esdaile

Universidad de Liverpool

Fecha de aceptación definitiva: 19 de enero de 2008

Resumen: Este artículo presenta la historia personal de John Downie, un comisario escocés en el ejército peninsular del Duque de Wellington, que anteriormente había luchado en Venezuela con Francisco de Miranda, que se convirtió en un general español y terminó su vida, en 1825, como campeón del servilismo. La importancia de esta historia estriba, en primer lugar, en el ejemplo que nos presenta de la importancia del aventurerismo en la época napoleónica, y, en segundo, en las sugerencias que contiene respecto a los defectos manifiestos del liberalismo decimonónico español.

Palabras clave: Juan Downie, Guerra de la Independencia española, Extremadura, Duque de Wellington, Guerras Napoleónicas.

Abstract: This article presents the personal history of John Downie, a Scottish commissary in the Peninsular Army of the Duke of Wellington who had previously fought in Venezuela with Francisco de Miranda, who became a Spanish general and ended his life in 1825 as a champion of absolutism, the importance of this story lying, first, in the example which it provides us of the importance of adventurism in the Napoleonic epoch, and, second, of the manifest deficiencies of nineteenth-century Spanish liberalism.

Key words: John Downie, Peninsular War, Extremadura, Duke of Wellington, Napoleonic Wars.

El periodo napoleónico se puede definir con términos diferentes. De ellos, uno de los más ocurrentes es decir, que, antes que nada, fue la época del aventurero. Así, ¿qué fue Napoleón mismo sino un aventurero, un *outsider*? Hombre de inmenso talento, sin riqueza ni conexiones, se agarró a las oportunidades extraordinarias que le ofreció la Revolución Francesa para ganar la fama y la fortuna, y luego dedicó todo el resto de su carrera —una palabra deliciosamente ambigua en este caso— a vivir las fantasías juveniles de poder y gloria en las cuales sabemos que se complacía en Brienne.

Aun si se rechaza esta definición de Napoleón, no se puede negar que el concepto de aventurero ha tenido un papel cada vez más importante en la historiografía del periodo en los últimos años. Por ejemplo, este mismo autor ha publicado un libro titulado *España contra Napoleón. Guerrillas, bandoleros y el mito del pueblo en armas (1808-1814)* en el que sugiere que muchos de los guerrilleros españoles fueron hombres que vieron la guerra contra Napoleón como un medio de escapar a la oscuridad, conseguir una entrada a los pasillos del poder, y hacerse ricos, tomando como modelo nada menos que la figura del emperador mismo¹. Igualmente, el americanista, Matthew Brown, está a punto de publicar un libro fascinante, en el que muestra que muchos de los voluntarios ingleses que viajaron a Venezuela y Colombia para alistarse en las fuerzas de Simón Bolívar no fueron *freedom fighters*, valientes que se arriesgaron por la causa de la libertad, sino hombres marginales, que vieron al servicio con los insurgentes un medio de establecerse, de adquirir una posición privilegiada en una sociedad de nueva cuna².

En Irlanda Edward Brett ha analizado la motivación del grupo comparable de voluntarios que viajó a España para luchar con los cristinos en la Primera Guerra Carlista³. Y, por fin, en Australia Christine Wright ha mostrado que en los años inmediatamente posteriores a las Guerras Napoleónicas un gran número de oficiales británicos, de origen relativamente humilde, abandonaron el futuro poco halagüeño que les esperaba en Gran Bretaña para emigrar a New South Wales y Tasmania⁴. En parte inspirado por discusiones con Brown y Wright, este artículo se dirige a la presentación de un *case-study* de aventurero tomado de los anales de la Guerra Peninsular. Pero en vez de elegir un grupo

¹ ESDAILE, Charles J.: *España contra Napoleón*, Barcelona, Edhasa, 2006; para una sugerencia contemporánea de que los caudillos guerrilleros tomaron a Napoleón como su modelo, véase p. 167.

² Véase BROWN, Matthew: *Adventuring through the Spanish Colonies: Simón Bolívar, Foreign Mercenaries and the Birth of New Nations*, Liverpool University Press, 2006.

³ Véase BRETT, Edward M.: *The British Auxiliary Legion in the First Carlist War, 1835-1838*, Dublin, Four Courts, 2005.

⁴ Titulada «Really respectable settlers: Peninsular-War veterans in the Australian colonies», la Tesis Doctoral espléndida de Wright se presentó a la Universidad Nacional de Australia, en Canberra, en julio de 2005, y es de esperar que se publicará cuanto antes.

para su estudio, se basará en una sola figura, en la persona de John Downie, un comerciante fracasado que adquirió mucha fama en la lucha contra los franceses y murió como un general español⁵.

Para empezar, ¿quién fue Juan Downie? El hijo noveno de una familia terrateniente de Blairgorts en Escocia, Downie nació el 28 de diciembre de 1777, y en 1802 se le envió a la recién adquirida isla de Trinidad como comerciante. Allí tuvo algún éxito y es probable que se alistase en la milicia de la isla como oficial. Pero al éxito siguió el desastre: perdió Downie todo su dinero a causa de la quiebra del banco en que lo tenía depositado, siendo tanto mayor la contrariedad porque complicó enormemente la boda que tenía planeada con una heredera escocesa llamada Agnes Gibson⁶.

Fue éste un momento de grave crisis personal, pero de repente se le ofreció una salida. Así, un día llegó a Trinidad nada menos que Francisco Miranda. Criollo nacido en Caracas en 1750, Miranda se había alistado como oficial en el ejército español, pero tenía un carácter turbulento que le provocó tantos problemas disciplinarios que tuvo finalmente que refugiarse en el extranjero. Ya exiliado, se convirtió en uno de los primeros campeones de la causa de la independencia de las posesiones españolas en América, pero no pudo conseguir el apoyo extranjero con el que soñó y, para ganarse la vida, ofreció su espada a las fuerzas de la Revolución Francesa. Recibido con una acogida calurosa, luchó bajo Dumouriez en las batallas de Valmy y Jemappes, y luego le sucedió en el mando del Ejército del Norte cuando desertó y se pasó a los enemigos de Francia, en febrero de 1793. Pero no fue Miranda ningún genio militar. Derrotado con muchas bajas en la batalla de Neerwinden (1 de marzo de 1793), cayó en desgracia y de aquí en adelante sufrió tanta sospecha y hostilidad que en 1797 huyó a Gran Bretaña, donde se dedicó otra vez a la tarea de revolucionar a la América española e interesar al gobierno inglés en sus proyectos. Sin embargo, fueron escasos los resultados y así, en 1806, decidió lanzarse a la carga a solas. Después de reclutar a un pequeño grupo de seguidores en New York, contrató a un pequeño buque para transportar su partida a aguas venezolanas, y por fin salió al mar. Se vio obligado a visitar Trinidad para adquirir tanto comida como agua fresca.

Por razones obvias, para Downie la llegada de Miranda vino como caída del cielo: servir como un teniente leal del caudillo revolucionario no podía menos de ofrecerle la posibilidad de premios sustanciosos en el caso de victoria. Como se

⁵ El autor no puede menos que agradecer a doña Jennifer Packer de Auckland, Nueva Zelanda, la discusión que estuvo en el origen de este artículo. Doña Jennifer es descendiente de Juan Downie y fue la primera en proponer un estudio sobre aquel caudillo, además ha sido muy generosa al compartir los frutos de sus propias investigaciones.

⁶ Para estos detalles, véase BARRIE, E.: *Biografía del Mariscal de Campo de los ejércitos españoles, D. Juan Downie*, Madrid, 1887, pp. 1-2.

sabe muy bien, sin embargo, aquella victoria se mostró extremadamente difícil: cuando Miranda atacó el pueblo costero de Vela de Coro, el 1 de agosto de 1806, el resultado fue un fracaso total, y los revolucionarios tuvieron que refugiarse en Trinidad. Allí se mantuvo Miranda casi un año más en la esperanza de que todavía se pudiese hacer algo, pero, por fin, se acabaron tanto el dinero como el optimismo, y, en consecuencia, en octubre de 1807 el general decidió viajar a Inglaterra para buscar el apoyo del gobierno británico, llevando consigo a Downie como su secretario⁷.

Llegado a Londres, Miranda tuvo mejor fortuna. El gobierno ineficaz de «los Talentos» había sido sustituido por una nueva administración, dominado por la figura dinámica de George Canning, y pronto una invasión formal de Venezuela se convertiría en una posibilidad cierta. Sin embargo, cuando la expedición estaba a punto de zarpar, bajo el mando de Sir Arthur Wellesley, en los primeros días de junio de 1808, llegaron las noticias del alzamiento de España contra Napoleón. Para Miranda y sus seguidores este acontecimiento fue un desastre: de la noche a la mañana, de ser un enemigo acérrimo de Gran Bretaña, España se había convertido en su buen amigo, por lo cual toda posibilidad de una expedición militar a América Latina se evaporó. En aquellas circunstancias tan penosas le quedó a Downie (que en el intermedio se había casado con la antedicha Agnes Gibson) solamente una salida, alistarse en el ejército británico y buscar la fortuna bajo una bandera alternativa. Con la guerra contra Napoleón en auge, el servicio militar fue un camino obvio para un joven deseoso de mejorar su posición en la sociedad. Además, Miranda, que le tenía un gran afecto, también era favorable a aquella idea. Así, en el verano de 1808 Downie se alistó como comisario de guerra, en cuya calidad viajó a Portugal y participó en la campaña fracasada de Sir John Moore⁸.

Las razones por las que Downie tomó la decisión de alistarse como comisario no se conocen, y tanto más porque, siendo el gobernador de Trinidad Sir Thomas Picton, un fiel amigo que ya le había prestado alguna ayuda, no le habría sido imposible obtener un puesto como alférez en algún regimiento. Pero se sugieren varias explicaciones plausibles. Con su buen conocimiento del castellano y su

⁷ La biografía más reciente de Miranda es RACINE, Karen: *Francisco de Miranda: a Transatlantic Life in the Age of Revolution*, Wilmington, Delaware, 2003. Para algunas referencias sobre la presencia de Downie con sus fuerzas, véase ROBERTSON, William: *The Life of Miranda*, New York, 1929, t. I, p. 313 y t. II, p. 4; y DÁVILA, Vicente (ed.): *Archivo del General Miranda*, Caracas, 1932, t. XIII, pp. 394-395. Debo mi conocimiento de este episodio en la vida de Downie a doña Graciela Iglesias Rogers, una estudiante de doctorado en la Universidad de Oxford que está elaborando una tesis sobre voluntarios británicos en el ejército español.

⁸ Para las actividades de Downie en Inglaterra en 1808, véase NAIPAUL, V. S.: *The Loss of El Dorado*, London, 1969, p. 327.

experiencia mercantil, Downie reunía cualidades que le ofrecían excelentes perspectivas en la intendencia, por lo que es posible que viese mejores posibilidades como comisario que como oficial: entre otras cosas, tuvo la intendencia una reputación malísima respecto al peculado, lo cual podía suponer algún atractivo para un hombre sin medios que quería restablecer su posición financiera. Y, por fin, como veremos, la vida de un comisario en algunas circunstancias ofrecía muchas posibilidades de aventuras y, por lo menos, más libertad e independencia que la vida de un oficial regular.

Pero ¿cuáles eran los deberes de un comisario de guerra? En breve, la intendencia tenía que atender a las necesidades del ejército en términos de comida, forraje y transporte, pero, dicho esto, fueron inmensas las diferencias entre un miembro del cuerpo y otro. Para los muchos comisarios que pasaron la Guerra Peninsular destinados en uno de los grandes depósitos que estableció Wellington en puntos estratégicos, bien distantes del teatro normal de operaciones, como Lisboa, Abrantes o, desde 1812 en adelante, Santander, servir en la intendencia ofreció una vida bastante cómoda con muy pocos inconvenientes. Pero en otros casos la posición fue completamente distinta. Así, servir en un puesto más expuesto a los enemigos, o como uno de los comisarios adjuntos a cada brigada y división del ejército de maniobra, significó enfrentarse a una vida mucho más penosa y arriesgada. Había que recoger grandes cantidades de trigo y ganado en un país ya de por sí bastante pobre, que había sufrido todos los desastres de la guerra, y que, como consecuencia, estaba absolutamente desgastado y poblado por un campesinado muchas veces hostil y resentido. Simplemente encontrar los suministros necesarios ya fue difícil, pero al mismo tiempo todo este trabajo tan problemático tenía que realizarse en medio de patrullas enemigas, cuadrillas de bandoleros y desertores desesperados, en un campo con frecuencia totalmente desprovisto de carreteras decentes y medios de transporte adecuados. Y no solo esto, los comisarios ni siquiera podían contar ni con buena paga, ni con el mismo estatus que soldados regulares, ni con el aprecio de los hombres que sirvieron (respecto a este último punto, había un gran perjuicio contra todo el comisariado en el ejército británico, siendo vistos sus hombres como, en el mejor de los casos, «caballeros temporales», y, a lo peor, ladrones y estafadores confirmados, siendo esta impresión reforzada por las muchas ocasiones en que resultó imposible dar las tropas de comer)⁹.

He aquí la vida a que se había dedicado John Downie. Por desgracia, sabemos bastante poco respecto a su tiempo en el comisariado, pero para un joven

⁹ Sobre el comisariado en general, véase WARD, S. G. P.: «The Peninsular commissary», *Journal of the Society for Army Historical Research*, LXXXVI/4 (invierno, 1997), pp. 230-239. Para las dificultades de que se ha hecho mención, véase LUDOVICI, Anthony (ed.): *On the Road with Wellington: the Diary of a War Commissary*, London, 1924, pp. XVII-XIX.

enérgico, con deseos de hacerse un nombre, se puede suponer que la situación en la que se encontró le resultaría bastante frustrante. En 1808 entró en España con las tropas de Sir John Moore, pero, aunque intentó distinguirse por su coraje — hay una leyenda que dice que fue el último hombre en embarcarse cuando el ejército evacuó La Coruña en enero de 1809— sus esfuerzos no le produjeron ningún resultado, y, vuelto a Portugal en la primavera de 1809, lo enviaron a uno de los peores destinos imaginables para un hombre de su carácter y disposición. En palabras de un oficial británico que lo conoció en 1812, era «un tío alto y particularmente guapo con una raya de Don Quijotismo en su naturaleza»¹⁰. Así, el sitio en cuestión fue la ciudad pobre y aislada de Castelo Branco, que se sitúa unos kilómetros al norte del río Tajo, en un distrito notorio por su aspecto desolado. Había tropas francesas al otro lado de la frontera en Extremadura —el cuerpo de ejército de Mariscal Victor— sí, mientras que había venido Downie a Castelo Branco en las filas de una división británica que se había enviado al valle del Tajo para contrarrestar cualquier avance por parte de las fuerzas de Victor hacia Lisboa, pero a esas horas el teatro principal de la guerra para las fuerzas británicas eran las provincias bastante lejanas de Entre Douro e Minho e Tras os Montes.

A primeros de mayo, sin embargo, lo que podemos estimar como muchas semanas de aburrimiento terminaron con la llegada a la zona de una pequeña fuerza de tropas portuguesas. Consistía en un batallón de infantería, un escuadrón de caballería y una batería de artillería de la llamada Leal Legión Lusitana, y un solo regimiento de milicia provincial, es decir, unos 2.000 soldados. Bajo el mando del Coronel William Mayne, estas fuerzas ocuparon el pueblo fronterizo español de Alcántara, por lo que se situaron a unos cuarenta kilómetros al este de Castelo Branco. Bastante alarmado con su presencia, que creyó presagiaba una invasión aliada del valle del Tajo, Victor respondió marchando contra el pueblo con una división de infantería y una brigada de caballería, y el 14 de mayo se lanzó al ataque. El combate que siguió fue bastante feroz, pero al fin el resultado no podía dudarse, teniendo los defensores que abandonar Alcántara con muchas bajas y salir corriendo para Castelo Branco¹¹.

Para John Downie la acción de Alcántara y sus secuelas fue un momento clave en su vida. Oyendo que los franceses estaban en movimiento hacia la ciudad, se había montado a caballo y galopado hacia el este para ofrecer sus servicios a los

¹⁰ BUNBURY, Thomas: *Reminiscences of a Veteran, being Personal and Military Adventures in Portugal, Spain, France, Malta, Norfolk Island, New Zealand, Anderman Islands and India*, London, 1861, t. I, p. 141.

¹¹ MAYNE, William y Lillie: *A Narrative of the Campaigns of the Loyal Lusitanian Legion under Brigadier General Sir Robert Wilson*, London, 1812, pp. 73-77. Véase también «William Mayne a John Mackenzie». 14-V-1809, Papeles del Duque de Wellington: 1/260. Universidad de Southampton (de aquí en adelante US. WP).

defensores. Como luego escribió a John Mackenzie, el general en jefe de la división inglesa a que se le había destinado:

Mi presencia a Alcántara durante el ataque de los franceses surgió como resultado de haber llegado allí en la persecución de mi deber. Estaba dentro de tres leguas del pueblo cuando me encontré con el dragón enviado por el Coronel Maine con la noticia de que se libraba una batalla. Percibiendo, además, los cañonazos de la artillería, me dirigí a Alcántara al paso de galope, e hice la oferta de mis servicios humildes con el comentario de que era más soldado que comisario. Me dijo el Coronel Maine que me daría el mando de un batallón portugués, a lo cual respondí que no le abandonaría mientras que el enemigo estuviera presente. De hecho, resultó que esta situación duró solamente unas horas, después de las cuales seguí en mi marcha, pero le doy mi palabra de honor que en una circunstancia parecida estaría listo hacerlo otra vez, aún so pena de perder la situación que ocupo en el comisariado y, con esta, mi vida¹².

Como veremos, estas palabras son bastante típicas del estilo que caracterizaría a Downie en todos los años de su servicio en la Guerra Peninsular (así, se distinguieron tanto por su tono fanfarrón como por su representación muy parcial de la verdad). Sin embargo, la acción de Alcántara constituyó un momento muy importante en su vida. En primer lugar, se mereció una admonición bastante irritada por parte de Wellesley a causa del abandono de su puesto que había supuesto su excursión a Alcántara, ante la que Downie se mostró muy indignado (y quizás con alguna justicia: según el comisario no había abandonado su puesto del todo, siendo más cierto que se había encontrado en la zona de Alcántara por razón de un *tour of inspection* perfectamente legítimo):

Me encuentro sumamente dolido por la comunicación que se me ha hecho de la desaprobación del general en jefe del ejército [...] Siento esta censura tanto más, primeramente, porque no lo merezco, y en segundo lugar porque viene de él al que [...] admiró tan altamente como oficial y quiero tanto como hombre¹³.

Además se produjo la entrada en su vida de un famoso personaje, Sir Robert Wilson, que tendrá tanta importancia en nuestra historia que merece un párrafo de presentación.

Hijo de un artista con muy buenas conexiones con la corte de Jorge III de Inglaterra, Wilson había nacido en 1777 (tenía, por lo tanto, la misma edad que

¹² «Juan Downie a John Mackenzie». 19-VI-1809, 40722, ff. 197-8. British Library, Additional Manuscripts (de aquí en adelante BL. Add. Mss.).

¹³ *Ibidem*. Para la admonición de Wellesley, véase «A. Wellesley to J. Mackenzie». 11-VI-1809, citado en GURWOOD, John (ed.): *The Dispatches of Field Marshal the Duke of Wellington during his various Campaigns in India, Denmark, Portugal, Spain, the Low Countries and France*, London, 1852 (de aquí en adelante *WD*), t. III, p. 288. Por último, la defensa de Downie se encuentra en «Juan Downie a John Mackenzie». 16-VI-1809, 40722, ff. 187-8. BL. Add. Mss.

Downie). Muy asistido por el favor real, en 1794 se alistó como oficial en la caballería ligera, en la que se distinguió en las campañas en Bélgica y Holanda en 1793-1795 y 1799. Pero en el fondo Wilson no era un individuo muy apto para servir en las filas de un regimiento de caballería. Vano, pomposo y ambicioso, empezaron a buscarle una posición en la que pudiera actuar con más libertad, por no decir con más acceso a oportunidades de ganar la fama. Enviado con el cuerpo expedicionario que arrebató Egipto a su guarnición francesa, consiguió entonces un puesto en el estado mayor como edecán y aprovechó sus experiencias para escribir una historia de la campaña de Napoleón en Egipto, que inmediatamente se convirtió en un *best-seller*. Establecido de esta manera como un campeón del antiguo régimen —a Napoleón se le había pintado como poco menos que un monstruo—, en 1806 pasó al ejército ruso en Polonia como agregado militar, pero la paz de Tilsit le dejó sin empleo, y, como consecuencia, la Guerra Peninsular le vino muy bien como oportunidad de ganar nuevos elogios.

Después de la ocupación francesa de Portugal, en el otoño de 1807, unos pocos dispersos del ejército habían llegado a Inglaterra, mientras que varios marineros portugueses habían caído prisioneros como resultado del bloqueo naval que la Royal Navy había impuesto a Lisboa, e inmediatamente Wilson persuadió al Ministro de Asuntos Extranjeros, George Canning, para que le dejase llevarlos a Portugal como una «legión» independiente (de esta forma se configuró una fuerza de todas las armas que podía luchar sola y obrar de una manera absolutamente autónoma, sin ninguna necesidad de conciliar sus operaciones con las del resto de las tropas amigas y sus mandos). Así nació la Legión Leal Lusitana. Vestidos con uniformes verdes que tuvieron poco que ver con las normas del nuevo ejército regular que se iba formando en Portugal y reforzados con una mezcla de jóvenes gallegos, que se habían refugiado en Porto para evitar la quinta en sus pueblos natales, y desertores del ejército francés, a ojos de Wilson esta fuerza se constituyó en una especie de ejército privado, que le convertiría en un caudillo de la guerrilla que se iba convirtiendo en uno de los rasgos más característicos de la guerra en España. Pero las autoridades portuguesas de Porto la consideraron parte integrante de las tropas que ellas mismas iban levantando, y, en un intento de proteger su independencia, el comandante británico trasladó todas las unidades que tenía listas para el servicio al refugio temporal de Ciudad Rodrigo, donde pasó los primeros meses de 1809 hostigando a las fuerzas francesas en León. Bien en esa época, bien después, se exageraron mucho los resultados, pero esto no tiene nada que ver: para bien o para mal, podía Wilson creerse tanto el héroe como el genio militar de su imaginación¹⁴.

¹⁴ Para todo esto, véase GLOVER, Michael: *A Very Slippery Fellow: the Life of Sir Robert Wilson, 1777-1849*, Oxford, 1977, pp. 1-66.

Se cruzaron los pasos de Wilson y Downie en Castelo Branco, en los días posteriores al combate de Alcántara. No estuvo Wilson en aquella acción —había ido a Abrantes para conferenciar sobre el futuro de su cuerpo con el nuevo general en jefe británico del ejército portugués, Sir William Carr Beresford— pero unos días después vino a buscar a sus hombres a Campo Mayor. Lo que pasó allí entre los dos británicos no se sabe: en las fuentes que se han podido encontrar, no ha surgido ni una palabra respecto a un posible encuentro. Sin embargo, Campo Mayor era una ciudad muy pequeña, con muy poca sociedad extranjera, mientras que Wilson fue un extrovertido generoso, lleno de cuentos de sus hazañas bélicas, que siempre necesitaba una audiencia apreciativa. Y, en Downie, Wilson descubriría a un oyente particularmente satisfactorio. Frustrado, aburrido, y, se sospecha, muy solo, Downie habría tenido que estar ávido de las anécdotas del visitante, por no decir deslumbrado por la presencia de una figura tan conocida en su destino tan oscuro. Además, como un hombre cuyos planes para el auto-engrandecimiento estaban en proceso de desarticularse gracias a la mano pesada de la autoridad —en Abrantes, Beresford le había dejado muy claro que la Legión Leal Lusitana tendría que integrarse en el ejército regular portugués— Wilson, sin duda, alentó la frustración y sentido de injusticia que ya caracterizaba a Downie (en este contexto vale la pena señalar que Miranda fue, en muchos sentidos, un hombre bastante parecido a Wilson y es bien probable que tuviese un impacto parecido sobre el joven escocés).

Al mismo tiempo, fueron llegando con más y más frecuencia relatos de las hazañas guerrilleras con que caudillos hasta entonces totalmente desconocidos, como Juan Martín Díez y Martín Javier Mina y Larrea, se iban convirtiendo en leyendas. Fue un anuncio halagüeño, y la combinación de las palabras alentadoras de Wilson, el ejemplo de la Legión Leal Lusitana y las noticias de los guerrilleros españoles, llevaron a Downie a una resolución extraordinaria. Como Wilson, formaría un ejército privado, esta vez con el título de la Leal Legión Extremeña, con el que podría luchar como un jefe independiente y, de esta manera, salir de la oscuridad. Como se iba a llevar a cabo esta resolución era otra cosa, pero, como veremos, Downie fue ante todo un hombre de coraje y determinación¹⁵.

Del proceso que se desarrolló en los meses siguientes tenemos pocos detalles. Pero una cosa cierta es que Downie realizó un esfuerzo muy grande para hacer plausible la idea de sí mismo como un hombre de acción y, así, alguien muy adecuado para el mando del tipo de «columna volante» que quería formar. En situaciones como la suya los comisarios tuvieron que hacer muchas veces largas

¹⁵ El autor es el primero en admitir que, por todo lo plausible que sea, esta discusión de los orígenes de la Leal Legión Extremeña se basa en poco más que en la especulación pura: aunque se esperaba que la conexión con Wilson se establecería por medio de su archivo personal, que se conserva en el British Library, este fondo ha resultado completamente infructuoso.

expediciones por el campo en busca de los suministros que necesitaban, y de aquí que no fuese un paso muy grande empezar por copiar el comportamiento de los varios *exploring officers* —es decir, oficiales de reconocimiento— que Wellington utilizó como un medio para informarse sobre el estado de los caminos, la posición del enemigo, las acciones de los guerrilleros y un sinnúmero de otras cosas que necesitaba saber para la planificación de sus operaciones¹⁶. Actuando enteramente por propia iniciativa, condujo un viaje de exploración por el valle del Tajo con todo el aspecto y porte de un agente secreto. Otra vez son sumamente llamativas las palabras de Downie mismo:

En el momento de mi entrada en España aparecí con mi cabeza enrollada por un pañuelo, mi capote cerrado hasta el cuello y mi cocaina escondida en el bolsillo. Vestido así, me hice pasar como un oficial del ejército del General Cuesta que había sido enviado para obtener información, y, gracias a que hablé en español, todo el mundo me aceptó como tal. Mi objeto al avanzar tanto, le debe ser obvio, vino de un celo ardiente para anticipar los deseos de SE el general en jefe del ejército, mientras que esta determinación sobrepasó las instrucciones del Comisario-General por muy poco¹⁷.

En la misma carta, habla Downie de haber participado con alguna tropa guerrillera en un ataque contra un piquete francés. Con la llegada del grueso del ejército británico a la zona que, después de derrotar a los franceses que habían invadido el norte de Portugal, iba rumbo a una marcha sobre Madrid en combinación de las fuerzas españolas del General Cuesta, Downie tenía también más acceso al apoyo de tropa regular —fue normal apoyar a las expediciones para obtener suministros del campo con alguna caballería ligera— y así, incluso podía buscar otras oportunidades de medirse con el enemigo. Véase, por ejemplo, el relato de un comisario alemán que le encontró en el pueblo de Alcaudete de la Jara, a la cabeza de cuarenta dragones británicos, en julio de 1809:

Sobre su uniforme de comisario llevaba la *cartouche* de un soldado de los dragones pesados mientras que en su mano llevaba una carabina cargada y lista para disparar. Estaba muy contento de verme, pero declaró que en esta ocasión me había salvado, porque a una distancia no muy grande del pueblo había encontrado una patrulla fuerte de *chasseurs* franceses [...] los cuales había puesto en fuga, matando a un soldado y tomando prisionero a un comisario y a otro hombre... Después de buscar [...] sitio para sus soldados, fuimos a la cárcel con pluma, tinta y papel para interrogar a los prisioneros [...] En la calle se había juntado tanta gente para demandar su ejecución que casi no pudimos entrar. Empezó el juicio, haciendo yo el papel de secretario del

¹⁶ Para las aventuras de dos de estos oficiales, véase HASWELL, Jock: *The First Respectable Spy: the Life and Times of Colquhoun Grant, Wellington's Head of Intelligence*, London, 1969; y PAGE, Julia (ed.): *Intelligence Officer in the Peninsula: Letters and Diaries of Major the Honourable Edward Charles Cocks, 1786-1812*, Tunbridge Wells, 1986.

¹⁷ «Juan Downie a C. Dalrymple». 16 de junio de 1809, 40722, ff. 190-1. BL. Add. Mss.

tribunal (...) Fue muy gracioso ver al alto y delgado Downie sentado sobre una silla alternativamente blandiendo una caña larga [...] en el aire de una manera enojada y dejándola caer casi cariñosamente en el hombro de un prisionero, mientras que decía una y otra vez, 'Oyes, amigo, como se gritan la gente en la calle. Confesad, o te liberaremos con lo cual inmediatamente tendrás cincuenta navajas en tu cuerpo'¹⁸.

Pero la actividad de Downie no se redujo a la elaboración de una imagen personal que crease la impresión de que una persona de casi ninguna experiencia en el mando fuese capaz de asumir una alta posición militar. Además había que pensar en el tipo de fuerza que debía mandar. En los intervalos de sus expediciones contra el enemigo, Downie elaboró un plan para su nuevo cuerpo. Llamado, como ya se ha dicho, la Leal Legión de Extremadura, el ejército privado que resultó iba a consistir en una compañía de caballería que serviría como guardia personal de su comandante, cuatro batallones de infantería, cada uno de 600 hombres, un regimiento de 300 jinetes de cuatro compañías, una batería de ocho cañones ligeros, y, por fin, una compañía de 100 zapadores de cuatro pelotones (siguió, pues, el concepto normal que tenía la palabra «legión» en esta época, es decir, una fuerza de todas las armas que podía actuar independientemente de cualquier otra unidad o mando). Respecto al reclutamiento, los 3.000 hombres que todo esto suponía vendrían de la quinta regular impuesta por las autoridades españolas, aunque solamente de Extremadura, mientras que los oficiales consistirían en una mezcla de oficiales extremeños, que ya habían servido en el ejército regular; soldados rasos, cabos y sargentos extremeños que habían mostrado la capacidad de ascender al grado de oficial; y, por fin, aquellos pudientes locales que desearon lanzarse a la carrera militar. Finalmente estaba la cuestión de como se iba a operar. Como ya se ha dicho, el concepto fundamental fue la independencia, pero en la práctica aún Downie no podía ignorar que una fuerza suelta de solamente 3.000 hombres sería muy vulnerable a un ataque francés y así propuso que normalmente la legión se dividiese en cuatro destacamentos, que consistirían en un batallón de infantería, una compañía de caballería, una sección de artillería y un pelotón de zapadores, quedando el comandante mismo solamente con la pequeña reserva constituida por su escolta personal. Lo que resulta, al fin, no es exactamente una legión sino más bien una liga de cuatro partidas de guerrilla, que podría hostigar a los franceses a su antojo mientras evitaba cualquier combate en regla¹⁹.

Ya tenía, entonces, Downie su plan, y el 21 de enero de 1810, después de una serie de conversaciones con las autoridades extremeñas en que intentó estimular

¹⁸ Citado por LUDOVICI, Anthony (ed.): *On the Road...*, *op. cit.*, pp. 180-181.

¹⁹ Véase «Plan de la Leal Legión de Extremadura». 72/151, ff. 166-8. National Archives, Foreign Office Papers (de aquí en adelante, NA.FO.).

su interés con toda un serie de promesas y sugerencias —se dio por entendido, por ejemplo, que el control de la legión se quedaría en manos no de las autoridades militares sino de la Junta, que todos los gastos recaerían bien en Downie, bien en el gobierno inglés, y que se vestiría a sus soldados con el traje del siglo de oro para estimular su coraje y, a la vez, recordar a la historia gloriosa de Extremadura— lo envió a la Junta de Badajoz para su consideración con una carta en la que se producía una mezcla de rimbombancia, mendacidad y adulación. Así:

Hace mucho tiempo tengo en consideración cierto plan que, ahora he formado y quiero ejecutar en este momento crítico. Este plan es el de levantar una legión de 3,000 hombres por lo menos en esta provincia, llamada la Leal Legión de Extremadura, que se compondría de artillería ligera, con proporción de tiradores de caballería y el resto infantería ligera; fusiles y vestidos ingleses; y la legión al servicio de España con las tropas de línea. Para la ejecución de este plan quisiera que V.E. me diera su dictamen o manifestase su opinión, y para lo mismo escribo al Señor Embajador inglés y a algunos otros amigos. No hice esta proposición al gobierno español oficialmente cuando estuve en esa porque me parece conveniente tener permiso de mi general, Lord Wellington, y para ello luego que reciba la contestación de V.E. tengo que pasar al cuartel general. Yo tengo como consta a V.E. una importante comisión en mi ejército, pero con más gusto serviré como comandante en esta legión que como comisario general en las tropas británicas. Conozco mucho a los pueblos de esta provincia y sus buenas familias, y veo que es muy fácil levantar este cuerpo en ella. Tengo servidos siete años en las colonias, y los dos últimos como coronel-comandante de tropas ligeras²⁰.

En Badajoz encontró pocos problemas —Downie había ya sobornado a la Junta por medio de persuadir a Wellington para que la suministrase con grandes cantidades de galleta, forraje, vino y aguardiente²¹— pero, respecto a la aprobación del cuartel general inglés, la situación fue bien diferente. Sir Robert Wilson, había vuelto a Inglaterra, mientras que las relaciones de Downie con Wellington, si bien algo mejores —en marzo de 1810 se le nominó para un

²⁰ «J. Downie a F. Saavedra». 21-I-1810, citado por GÓMEZ VILLAFRANCA, Román: *Extremadura en la Guerra de la Independencia*, Badajoz, Uceda Hermanos, 1908, p. 182. Respecto a la referencia a Lord Wellington, hasta ahora nos hemos referido a aquel general como Sir Arthur Wellesley, pero como resultado de la batalla de Talavera en agosto de 1809 se había convertido en vizconde: desde aquí en adelante, entonces, se utilizará Wellington.

²¹ Véase «Certificación del Excmo. Sr. D. Francisco de Saavedra, Ministro y Consejero de Estado». 16-XII-1814, citado en ANÓNIMO: *Exposiciones dirigidas al Rey Nuestro Señor D. Fernando VII (q.D.g) por las corporaciones de L.M.N. y M.L. ciudad de Sevilla en favor de D. Juan Downie, brigadier de los reales ejércitos, caballero de la real y distinguido Orden de Carlos III, caballero bachiller de Gran Bretaña y Alcalde de los Reales Alcazares y Atarazanas de Sevilla* (Seville, 1814), s.p., «Expediente de D. Juan Downie». Archivo General Militar (de aquí en adelante AGM. EJD.). Quiere expresar aquí el autor su agradecimiento a su buen amigo Jesús Maroto, sin cuya generosidad y espíritu de servicio no habría tenido acceso a los muchos papeles concernientes a Downie que se conservan en ese fondo.

puesto vacante en la famosa *Light Division*²²— estaban bastante lejos de permitir el éxito de tal propuesta. Como resultado, Downie no tenía otro remedio que echar mano de una pequeña maniobra. Lo que quería, obviamente, era formar su legión con él mismo como su comandante, pero proponerlo de una manera tan abierta habría conducido solamente a la humillación. La solución fue enviar el plan a Wellington para su visto bueno, pero a la vez suprimir cualquier mención a Downie mismo en el momento de hacer la solicitud. No sabemos la fecha en que se hizo, pero lo que sí sabemos es que la maniobra tuvo éxito: una copia del plan que se envió a los *Horse Guards* —es decir, el cuartel general del ejército británico en Londres— en septiembre de 1810 tiene una nota marginal de la mano de Wellington mismo que dice: «Considero la adopción inmediata de este plan como muy ventajoso a la causa común, y particularmente a la provincia de Extremadura»²³.

Es muy importante subrayar aquí que, aunque parece que los esfuerzos de Downie le habían hecho ganar algún crédito en el cuartel general del ejército anglo-portugués, Wellington no había aprobado el nombramiento del comisario escocés como comandante de la nueva unidad. Es más, resulta probable que la idea ni siquiera pasase por su cabeza. Pero para Downie esto fue solamente un detalle. Armado con las palabras de su jefe, en junio de 1810 se puso en contacto con las autoridades españolas otra vez, y, en particular, el comandante general del Ejército de la Izquierda —es decir, de las fuerzas españolas desplegadas en Extremadura—, el Marqués de la Romana. Siempre interesada en cualquier medio que aumentara su prestigio y poder, la Junta se había puesto de acuerdo en el acto, pero La Romana representó un obstáculo algo mayor: muy tradicional en su concepto de cómo se debía organizar un ejército, era notoriamente hostil a las pretensiones de las juntas provinciales. Ayudó algo el hecho de que La Romana gozó de relaciones muy buenas con Wellington. Pero aquí intervino la suerte en que de repente a Downie le cayese una oportunidad perfecta para establecer sus credenciales militares. Así, el 21 de junio apareció una pequeña fuerza de soldados franceses en las afueras de Badajoz, a cuyas noticias Downie se lanzó a caballo otra vez y, en un eco perfecto de lo que había pasado en Alcántara, marchó hacia el sonido de los cañones, con la diferencia de que esta vez el gesto finalizó con éxito. «Poniéndose en el primer rango», se nos dice, «mostró bastante coraje y bravura para animar y satisfacer al más valiente, buscó lo peor del peligro, y por fin recibió una herida»²⁴.

²² «Lord Wellington a R. Craufurd». 23-III-1810. Citado en WD, III, pp. 792-793.

²³ Véase la copia del documento anterior que se encuentra en «G. Hamilton a H. Bunbury». 21-IX-1810, 1/315. University of Southampton, Wellington Papers, (de aquí en adelante US. WP.).

²⁴ «Certificate of the services of the Legion of Extremadura in the field». 10-X-1812, 72/151, ff. 169-70. NA. FO.

En vista de esta muestra de heroísmo, incluso La Romana tenía que ceder el paso y, como resultado, el plan para la formación de la Leal Legión Extremeña se envió a Cádiz —desde enero de 1810 la capital de la España Patriota— con la estipulación específica de que su mando debe quedar en manos de Downie. Siendo el verano de 1810 un momento en el que los españoles tuvieron mucho interés en mejorar sus relaciones con los británicos —solamente con la ayuda de estos últimos podían tener alguna esperanza de suprimir las revoluciones que acababan de estallar en América— no tardó mucho la respuesta, y, así, el 22 de julio, el Ministro de Estado, Eusebio de Bardají, comunicó a La Romana la noticia de que el Consejo de Regencia había acordado la formación de la Legión Extremeña sobre la base de 3.000 de los hombres ya reclutados en Extremadura, y dado el mando a Downie, que tendría el grado de coronel, por no decir el poder de nominar a toda la plantilla de oficiales²⁵.

Era un éxito muy grande para un hombre que tenía solamente el grado de capitán honorario en el servicio inglés, y que nunca había mandado ni un solo hombre en el combate, siendo esto último algo en lo que tenía muy poca experiencia de cualquier tipo. Pero todavía quedaba por delante la tarea de hacer de la legión una realidad y, a este fin, Downie escribió a Wellington para pedir la licencia que necesitaba para tomar el mando del nuevo cuerpo. Mientras tanto, emitió una lista preliminar de los oficiales que quería emplear en la Legión, siendo esa lista en sí mismo un documento de mucho interés: así, entre los diecisiete individuos nombrados en conexión con la caballería encontramos un oficial escocés con puesto en el Regimiento No. 19 de Dragones Ligeros del ejército británico; un irlandés que había servido en el *Royal Navy* y ahora se estiló como «capitán de nobles irlandeses»; dos portugueses —uno que había servido como teniente en la Leal Legión Lusitana, y otro que había desertado de las fuerzas portuguesas que se habían enviado a Francia en 1807 y luego conseguido el grado de subteniente de manos de la Junta Central— seis oficiales del viejo ejército español, todos de poca graduación y sin destino corriente; un sargento del viejo ejército español; cinco individuos que habían servido en partidas de guerrilla; y uno sin ninguna experiencia de cualquier tipo²⁶.

El permiso que buscó para tomar el mando de la Legión Extremeña no se le concedió (véase abajo), pero esto tampoco fue un problema para Downie que respondió dándose de baja por enfermedad y manteniendo que para curarse era necesario volver a Inglaterra, lo que hizo por medio de Cádiz. Aunque Lisboa era un puerto de embarque mucho más lógico para un hombre que en esta época se encontraba bien en Castelo Branco, bien en un punto aún más al norte con la

²⁵ «E. de Bardaji to Marqués de la Romana». 22-VII-1810, 1/315. US. WP.

²⁶ «Memorial de J. Downie». 3-VIII-1810. AGM. EJD.

Light Division (en junio esta fuerza estaba frente a Ciudad Rodrigo en las fronteras de León), este desvío constituyó una maniobra más, debida a que Downie sabía muy bien que el único medio de conseguir los fusiles y otros pertrechos que necesitaba era por medio de la embajada inglesa. A esta sazón era el embajador el hermano menor de Wellington, Henry Wellesley, y él también cayó prisionero de la capacidad de persuasión del comisario. Debido a la gran frustración que experimentaron los ingleses a causa de la debilidad del ejército español, la idea de introducir un porcentaje de oficiales británicos en sus regimientos había ganado mucha popularidad, y ahora aparecía nada menos que algo que parecía un primer paso en la realización de aquel plan. Como sabemos, esta no era exactamente la intención —los oficiales de la legión iban a venir, al menos en su inmensa mayoría, de fuentes españolas— pero no hay duda que Downie dejó a Henry Wellesley con la impresión que La Romana y la Junta de Extremadura había sancionado el nuevo cuerpo como un regimiento modelo en que se mostrarían los beneficios de emplear a oficiales británicos, y, además, que había mucho apoyo para esta idea en el Gobierno y el Consejo de Regencia. Aumentaron, entonces, las manipulaciones de Downie aún más, pero el colmo fue la carta que escribió al Ministro de Asuntos Exteriores, Richard, Marqués Wellesley —el hermano mayor de Arthur y Henry— a su llegada a Londres, en septiembre. Daba una versión de la situación de la Legión Extremeña que solamente se puede definir como abiertamente falsa, por no decir bastante descarada. Las autoridades españolas le habían ofrecido el mando; se había aprobado el plan tanto por Lord Wellington como por Henry Wellesley; el Consejo de Regencia estaba entusiasmado por el proyecto de ver oficiales británicos al mando de tropas españolas; varios oficiales británicos habían solicitado puestos en la Legión; el nuevo cuerpo ya existía en plantilla; y, por fin, solamente faltaba la presencia de Downie y sus hombres para que toda la provincia de Extremadura tomase las armas y se lanzase sobre los invasores. Mientras tanto, respecto a Downie mismo, estaba muy contento de estar de servicio, pero con todo el respeto posible pidió el favor de quedar con su salario británico²⁷.

Dado el carácter y opiniones de Lord Wellesley, los resultados de esta carta fueron fáciles de predecir. Así, aunque muy desengañado con la conducta y actitud de las autoridades españolas tanto militares como civiles, el marqués —un hombre de una disposición algo romántica— se mantuvo firme en la convicción que el pueblo español estaba entusiasmado con la guerra contra los franceses y que la única cosa que faltaba para desbloquear sus capacidades y dar nueva vida a la lucha era renovar las estructuras políticas y militares que lo gobernaban. Como resultado, no podía menos que quedar bastante impresionado con las

²⁷ «J. Downie a Lord Wellesley». 9-IX-1810, 1/315. US. WP.

fábulas de Downie —también hay que recordar que el otoño de 1810 representó un momento particularmente difícil en la historia de la Guerra Peninsular, en el que había una tentación fuerte de echar mano de cualquier posibilidad— y el 24 de septiembre de 1810 encontramos al Secretario de Estado para la Guerra y las Colonias, Lord Liverpool, escribiendo a Wellington la carta que sigue:

Habiendo presentado el Señor Juan Downie una propuesta para levantar 3,000 hombres en la provincia de Extremadura que tiene la aprobación de la Regencia de España y que él mismo mandará con el grado de coronel en el servicio español, resulta que la única ayuda que se necesita por parte de Gran Bretaña para la formación y manutención de aquel cuerpo consiste en las armas y pertrechos necesarios para 2.400 soldados de infantería, 300 soldados de caballería y 300 soldados de artillería a caballo. Como resultado el gobierno de Su Majestad ha decidido tomar cargo del suministro de dichas armas y pertrechos, de los cuales los últimos, mas las carabinas y espadas de la caballería, se entregará al Señor Downie en Gran Bretaña. Respeto a los fusiles, mientras tanto, deseo pedir a Su Señoría [...] disponer que recibirá 2.400 con las municiones y chispas correspondientes de las cantidades ya enviadas a Lisboa para su uso. No debo de omitir que tanto el visto bueno como la ayuda concedida al Señor Downie se dan bajo el entendimiento de que el gobierno español ha dado su consentimiento para la admisión de un número limitado de oficiales británicos en el cuerpo que va a levantar el Señor Downie, y que ha obtenido la aprobación previa de Su Señoría y del Ministro de Su Majestad en Cádiz²⁸.

Parecía, entonces, que el sueño de Downie iba a convertirse en realidad, y, acompañado por su hermano, Charles, y un sobrino de 15 años llamado Benjamin Barrie, que habían recibido la promesa de un puesto de oficiales en sus fuerzas, salió otra vez para Cádiz donde se ocupó en la tarea de ganar reclutas para la nueva legión (algo altamente recomendable: había formado Downie una comisión en Badajoz para encargarse de la tarea de buscar los voluntarios que se necesitaban, pero hasta entonces no se había encontrado a casi nadie)²⁹. En ese mismo momento, sin embargo, las esperanzas de Downie sufrieron un golpe tremendo. Es probable que sus triunfos en Londres le hubieran llenado con la esperanza de que Wellington no tendría otra opción que ceder el paso y aceptar la formación de la Leal Legión de Extremadura como un *fait accompli*, pero en este se engañó. Por fin, avisado de la historia completa de las intrigas y maniobras de Downie, el

²⁸ «Lord Liverpool a Lord Wellesley». 24-IX-1810, 1/315. US. WP.

²⁹ Para esta actividad, véanse dos proclamas que el 13-IV-1813 se reprodujeron en la *Gazeta Superior de la Mancha*, siendo la primera un intento de estimular la desertión en el ejército español de José Bonaparte, y la segunda un intento de ganar voluntarios entre la población de Extremadura. Para la presencia de Charles Downie y Benjamin Barrie, véase BARRIE, E.: *Biografía del Mariscal... op. cit.*, p. 42. Para la comisión de reclutamiento establecido en Badajoz, véase GÓMEZ VILLAFRANCA, Román: *Extremadura en la... op. cit.*, p. 183.

general en jefe inglés reaccionó con todo el enojo de que era capaz. Advirtió rápidamente a Lord Liverpool de que Downie había obrado sin su permiso, que había utilizado su nombre de una manera deshonesta, y que había mentido respecto al estado de sus fuerzas, siendo la verdad que en el momento de comunicarse con el gobierno británico no tenía ni un solo hombre. Después de volver a España, ahora sí, Downie había reclutado unos 300 hombres, pero, aún así tenía éxito en atraer los servicios de los 3.000 que quiso juntar, la opinión de Wellington era que darle los servicios de un grupo de oficiales ingleses resultaba absolutamente impensable, puesto que el comisario escocés no era capaz de garantizar que pudieran servir con éxito a las armas británicas. Y de todo esto resultó una sola conclusión: a pesar de todo lo que pudiese convenir la formación de la Legión Leal de Extremadura, y teniendo en cuenta la aptitud de Downie para mandar una columna volante de ese tipo, Wellington se negó rotundamente a ofrecer ningún tipo de ayuda al proyecto³⁰.

Después de esto, no había ninguna esperanza de ayuda inglesa, pero Downie era un hombre de muchísima determinación, y no estaba dispuesto a abandonar su aventura. Todavía tenía las carabinas y sables que se le había dado en Londres, por no decir una cantidad de trajes confeccionados en el estilo del siglo dieciséis que se había dispuesto manufacturar en Londres a su costa, mientras le quedaba bastante prestigio ante la opinión española, siendo solamente un ejemplo la manera en que el Marqués de la Conquista le había regalado una espada que se reputó como propiedad del conquistador Pizarro.

Aparte de buscar voluntarios en las zonas libres de la misma Extremadura, el plan había consistido en enviar comisionados a los Montes de Toledo y otros distritos ocupados por los franceses para sacar los mozos de los pueblos, pero ninguna de esas dos fuentes resultó provechosa, por lo cual tenía Downie que buscar la intervención de las Cortes, enviado a Cádiz una petición en que pidió la emisión de «las disposiciones convenientes para que a la mayor brevedad se formalice la reunión de los 3.000 hombres de que debe constar la Legión de Extremadura»³¹. Y, como resultado, el 9 de febrero de 1811 el congreso de diputados —un cuerpo muchas veces muy crédulo— le agradeció sus servicios a la causa común y confirmó que se pondrían 3.000 soldados de infantería bajo su mando. Pero aún mediaba mucho entre este nuevo éxito y la visión de una legión independiente cuyas hazañas convertirían a Downie en un héroe de la lucha contra Napoleón y le rescatarían de la ruina y la oscuridad.

³⁰ Para todo esto véase «Lord Wellington a Lord Liverpool». 15-XII-1810 y 29-I-1811. *WD*, IV, pp. 461-462, 562-563.

³¹ «Memorial de J. Downie». 23-I-1811, AGS. EJN. Para el plan de buscar reclutas en la zona ocupada, véase «J. Downie a J. O'Donnell». 1-I-1811, citado en GÓMEZ VILLAFRANCA, Román: *Extremadura en la... op. cit.*, pp. 204-205.

Como hemos visto, fue la intención original suplir esta falta con hombres nuevamente quintados en Extremadura, pero los problemas inmensos que se experimentaron con el sistema de conscripción en esta época hicieron que a primeros de julio todavía consistiese la Legión en menos que quinientos hombres, de los cuales más de treinta eran desertores del ejército francés; en términos de unidades, mientras tanto, solamente existían dos escuadrones de caballería y un batallón incompleto de infantería³². Como resultado, casi el único servicio que había prestado Downie en toda la primavera de 1811 fue participar con su poca caballería en algunas correrías en las fronteras de La Mancha, cuyo objetivo había sido liberar a los miles de prisioneros españoles capturados en el desastre de la batalla del río Gebora del 19 de febrero³³. Frente a esa situación, por no decir el carácter y las dotes sumamente deficientes de Downie, el general en jefe del Quinto Ejército —la nueva dominación que se había dado a las fuerzas en Extremadura—, Francisco Javier Castaños, escribió una carta en que por fin todo se reveló. En breve, el traje pintoresco con que se había vestido a los soldados en vez de envalentonarlos les había hecho parecer ridículos a los ojos tanto de ellos mismos como del resto del ejército; la organización que se había dado a la Legión sirvió solamente para aumentar el número de oficiales; y, por fin, Downie mismo «con muy buena voluntad pero poco conocimiento aún de las mismas reglas a que le sujetaba la contrata», se había «comprometido con sujetos de todas clases», mientras que no tenía «nociones de nuestra profesión y aún escasamente del idioma». Pensando que «sería muy difícil que se pudiese organizar e instruir un cuerpo tan numeroso», Castaños le había propuesto asimilar su único batallón de infantería —ya con el nombre de los Tiradores de Badajoz— en una nueva división que estaba en proceso de formación a base de los regimientos extremeños de Mérida, Trujillo y Plasencia, mientras que expresó la esperanza de que Downie también sancionaría el traslado de sus soldados de caballería al regimiento de Húsares de Extremadura³⁴.

Originalmente, la intención fue dar a Downie el mando de la nueva división extremeña, pero, sin duda al gran alivio de Downie —supo perfectamente que ver su Legión preciosa convertida en una división de infantería significó la pérdida de la independencia a que aspiró tanto— de hecho nunca se formó, probablemente por falta de reclutas. Como solución alternativa, entonces, se envió a los Tiradores de Badajoz a una pequeña división del Quinto Ejército mandado por Pablo Morillo. La Legión Leal de Extremadura había sobrevivido, sí, pero en casi nada conforme a los deseos exagerados de su fundador. Puesto que

³² «F.J. Castaños a J. Heredia». 3 de julio de 1811. AGS. EJN; GÓMEZ VILLAFRANCA, Román: *Extremadura en la...*, *op. cit.*, p. 242.

³³ GÓMEZ VILLAFRANCA, Román: *Extremadura en la...*, *op. cit.*, pp. 210-11, 213-14.

³⁴ «F. J. Castaños a J. de Heredia». 19-VIII-1811. AGM. EJN.

no aparecieron la batería de artillería y la compañía de ingenieros que también formaban parte de la legión originalmente imaginada por Downie, en la práctica el nuevo cuerpo se redujo al pequeño regimiento de lanceros que se formó con los pocos voluntarios que se había podido alistar. Tampoco gozó Downie de independencia: en vez de luchar contra los franceses a su antojo, se adhirió la Legión Leal de Extremadura a la división del mismo Quinto Ejército mandada por el Conde de Penne Villemur³⁵.

Si la forma que adquirió la Leal Legión de Extremadura fue decepcionante, lo mismo se puede decir del historial de aquel cuerpo. Así, como notó Castaños, el traje «siglodeoresco» que se dio a los soldados causó hilaridad entre todos los que lo vieron. Como ejemplo, veamos lo que dice el oficial inglés Joseph Sherer en sus memorias:

Durante la marcha de este día [17 de junio de 1811] vi unos soldados de la Legión Extremeña, un cuerpo levantado, uniformado y mandado por el General Downie, un inglés que anteriormente había servido como un comisario en nuestro servicio. Nunca contemplé una cosa tan caprichosa y ridícula como el uniforme que se les había dado: se propuso como una imitación del traje de España antigua. Sus sombreros revueltos, jubones tajados y capas cortas habrían parecido muy bien en una pieza de teatro presentando la historia de Pizarro, pero en el incómodo campamento tenían un aspecto tan absurdo como incomodo. En medio de nuestra misma miseria y malestar, no pudimos evitar reír a la memoria de aquellos pobres tíos³⁶.

Peor todavía, si el aspecto que presentó la Legión en el campamento fue bastante ridículo, su conducta en el campo de batalla no fue mucho mejor. Su primera acción fue la de Arroyomolinos de Montánchez, en la cual una fuerza mixta de tropas inglesas, portuguesas y españolas bajo el mando del General Rowland Hill, sorprendió a una división francesa cerca de Cáceres el 28 de octubre de 1811. Aunque el resultado fue una victoria notable, parece que la actuación de la Legión fue poco menos que lamentable. «Se podía esperar muy poco de aquel escuadrón tan fantástico como levantisco», escribió otro testigo inglés. «Tan indomable... como los mulos y tan torpe como los bueyes, a aquellos soldados que no se dispersaron en todas las direcciones posibles como un rebaño de ovejas, los tajaron en la misma manera que la carne de ración»³⁷. Sin embargo,

³⁵ Para todos estos detalles, véase «Certificate of the services of the Legion of Extremadura in the field». 72/151, ff. 169-70.NA. FO. Respecto a la batería de artillería, parece que se decidió dar una unidad a Downie, pero, por razones que no se conocen, el traslado nunca se efectuó; véase «M. García de Loygorri a J.M. de Carvajal». 23-III-1811, 63250/9. Biblioteca Nacional, Sección de Raros (de aquí en adelante, BN. R.).

³⁶ SHERER, Joseph Moyle: *Recollections of the Peninsula*, London, 1823, pp. 167-168.

³⁷ STURGIS, Julian (ed.): *A Boy in the Peninsular War: the Service, Adventures and Experiences of Robert Blakeney, Subaltern of the Twenty-Eighth Regiment*, London, 1899, p. 226.

parece que Downie no se avergonzó demasiado de esta conducta —un oficial que le encontró en una cena en marzo de 1812 le recordó jactándose de que «los diablos de Arroyomolinos» muy pronto derrotarían a todo el ejército enemigo del mediodía³⁸— y su confianza recibió un nuevo estímulo el mes siguiente con la participación de la Legión en una marcha sobre Sevilla con las fuerzas de Morillo y Penne Villemur que culminó en una pequeña acción en Espartinas que le llevó tanto al grado de brigadier como a la Gran Cruz de San Fernando³⁹.

Con la confianza de las autoridades patriotas bien asegurada, Downie reanudó sus esfuerzos. Nunca había abandonado el sueño de un mando independiente, y como consecuencia decidió volver a Cádiz en busca de más fuerzas. Sin embargo, en este momento se produjo el desastre en el que, el 1 de julio de 1812, una gran parte de la Leal Legión de Extremadura se destrozó en una acción en Santa Marta⁴⁰. Fue este el fin de su historial militar: quedó en un estado de ruina hasta el fin del año, y, aunque luego se reorganizó sobre la base de dos escuadrones, parece que por falta de caballos nunca volvió a ver acción contra los franceses, teniendo que pasar todo el resto de la guerra en guarnición⁴¹.

Downie tenía muchos admiradores en Cádiz, y gracias a ellos salió ileso de la obvia muestra de su falta de capacidad militar que se puso de manifiesto con la derrota de Santa Marta. En agosto de 1812, ante el abandono del asedio de Cádiz por las fuerzas franceses del Mariscal Soult como consecuencia de la victoria inglesa de los Arapiles, se organizó un cuerpo expedicionario para hostigar la retirada del ejército sitiador bajo el mando de General Juan de la Cruz Murgeón, y eligieron a Downie como su segundo comandante. Después de reforzarse con una brigada anglo-portuguesa bajo el mando de General Skerret y navegar a Huelva, este cuerpo marchó a Sevilla, donde llegó en el momento mismo de la evacuación francesa, el 27 de agosto. Los franceses ya habían abandonado el barrio de Triana y, con éste, la ciudadela improvisada que se había construido sobre la base del convento de la Cartuja, pero quedó una retaguardia fuerte en el núcleo de la ciudad, y esta fuerza había puesto el puente de piedra en estado de defensa, bloqueando

³⁸ Véase MONICK, Stanley (ed.): *The Iberian and Waterloo Campaigns: the Letters of James Hope, 92nd (Highland) Regiment, 1811-1815*, Heathfield, 2000, p. 55.

³⁹ «Certificate of the services of the Legion of Extremadura in the field». 72/151, ff. 169-70. NA. FO.; para la campaña de Espartinas, véase OMAN, Charles: *A History of the Peninsular War*, Oxford, Oxford University Press, 1902-1930, t. V, pp. 274-275.

⁴⁰ Entraron en esta acción setenta y cinco oficiales y soldados, de los cuales se perdieron cinco muertos, diez heridos y cincuenta y seis prisioneros. Véase «Conde de Pene Villemur a A. Roselli». 6-VII-1812, Sección de Diversos, Subsección de Colecciones: legajo 133. Archivo Histórico Nacional, (de aquí en adelante AHN. Diversos-Colecciones).

⁴¹ Para el historial de la Legión después de julio de 1812, véase SANUDO BAYÓN, Juan José: *Base de datos sobre las unidades militares en la Guerra de la Independencia Española*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2007.

el paso con una zanja profunda y una barricada. Defendido por un regimiento de infantería de línea y una batería de artillería, el puente era un objetivo difícil, pero Murgeón y Skerret decidieron lanzar a sus soldados al ataque.

Como se puede imaginar, el resultado de esta decisión totalmente gratuita —se vio perfectamente que los franceses estaban a punto de marcharse— fue el desastre. Aunque lo intentaron dos veces, las tropas aliadas no pudieron hacerse con las posiciones enemigas y sufrieron muchas pérdidas. Para Downie, sin embargo, se convirtió este momento de catástrofe en una gran oportunidad: por fin podía corresponder a su auto-imagen heroica y asegurarse los elogios de la posteridad. Lanzándose al frente, reanimó a los soldados derrotados y, con la espada de Pizarro en la mano, cargó sobre los franceses. La respuesta de los franceses fue tremenda —una descarga de metralla le costó una herida en la cabeza que destrozó la visión de su ojo derecho y cortó la oreja correspondiente— pero Downie no solamente se mantuvo a caballo, sino que saltó sobre la zanja y la barricada y se abalanzó sobre los defensores. Con Downie totalmente aislado —la tropa que le había seguido no había podido cruzar la zanja— nunca estuvo en duda el resultado del combate que siguió, y, acribillado a bayonetazos, cayó el general prisionero, aunque no antes de tirar su espada por fuera de la barricada para negar a los franceses un trofeo tan simbólico⁴².

Downie quedó en manos de los franceses muy poco tiempo: avisado de su heroísmo, convencido que estaba a punto de morir y muy enojado por el maltrato que había recibido de manos de sus captores (parece que se le había tratado con mucha violencia) Soult lo devolvió a los aliados en seguida. Pero la acción de Sevilla todavía no representó el fin efectivo de su guerra. Fueron tan serias sus heridas que tuvo que volver a Gran Bretaña para recuperarse, y no podría volver al teatro de la campaña —ahora las fronteras de Navarra y Guipúzcoa— hasta octubre de 1813. Peor todavía, cuando por fin volvió, se encontró con que en enero de 1813 el control del ejército español había pasado a las manos del Duque de Wellington, con el resultado de que todos sus esfuerzos para conseguir un nuevo mando resultaron completamente infructuosos. Intentó rehabilitarse con nuevos gestos de heroísmo —retó públicamente al oficial que le había tratado mal en Sevilla a un duelo—, mientras que en una escaramuza que se libró en Sarre el 14 de octubre de 1813 se le vio lanzarse entre las balas para reanimar una columna española que había sido rechazada⁴³. Sin embargo, todo fue en vano, y no le quedó otra opción que la de volver a Madrid, donde se lo presentó en la

⁴² Para todo esto, véase BUNBURY, Thomas: *Reminiscences of a...*, *op. cit.*, pp. 141-142; y «Conde de Penne Villemur al Marqués de Monsalud». 29-VIII-1812, Estado-Colecciones: 133. AHN.

⁴³ LARPENT, Francis (ed.): *The Private Journal of F.S. Larpent, Esq., Judge Advocate General of the British Forces in the Peninsula attached to the Headquarters of Lord Wellington during the Peninsular War from 1812 to its Close*, London, 1853, t. II, p. 123; BLAKISTON, J.: *Twelve Years' Military Adventure in*

prensa como un campeón de la causa de España⁴⁴. Pero la verdad fue que no le faltaron las balas. Así, ya se había convertido en un héroe: durante su convalecencia en Gran Bretaña se le había cubierto con honores de todo tipo —incluso recibió un *knighthood* a manos del Príncipe Regente— mientras que en España también la acción de Sevilla le había traído grandes premios, uno de ellos la Gran Cruz de la Orden de Carlos III. Celebrado igualmente en los periódicos —véase, por ejemplo, el poema celebrando su proeza que se publicó en el *Diario de Gobierno de Sevilla* el 14 de octubre de 1812— Downie se había convertido en el gran personaje de sus sueños.

Siguieron el fin de la guerra, la vuelta de Fernando VII y el golpe de Estado que acabó con la constitución de 1812. Pero Downie salió muy bien de la crisis. En vez de sufrir el oprobio que cayó sobre tantos otros de los caudillos populares que habían surgido de la lucha contra los franceses, recibió el cargo de alcaide —es decir, gobernador— del alcázar de Sevilla y el grado de mariscal de campo. Así favorecido, el revolucionario de 1807 se convirtió en servil, y no se mezcló en los complots y conspiraciones de los seis años que siguieron. Pero le quedaba todavía una aventura más. Cuando estalló el alzamiento de enero de 1820 se encontraba con licencia en Escocia, visitando a su mujer (que siempre había quedado allí con su familia), y así se libró de la necesidad de elegir abiertamente entre la causa de la lealtad y la causa de la revolución.

Volvió a España algunos meses después y siguió en su puesto, pero es de suponer que una actuación tan pasiva no le sentaba muy bien a un hombre tan predisposto a buscar la fama. A la primera oportunidad se lanzó otra vez a la carga. Como se sabe, la invasión de España por los «cien mil hijos de San Luis» persuadió al gobierno español de refugiarse en Sevilla. Le acompañó Fernando VII, pero era evidente a todo el mundo que el rey iba poco menos que prisionero. Con el monarca alojado en el mismo palacio del que Downie era gobernador, las consecuencias no fueron difíciles de predecir. Así, bajo la ficción de rescatar a Fernando de una turba cada vez más imponente, Downie reunió a un grupo de oficiales serviles con la intención de liberar a la persona del rey y llevarle a Gibraltar, pero en el último momento el complot se descubrió, y a los conspiradores se los arrestó para luego encarcelarlos en el arsenal de La Carraca⁴⁵.

El resto de la historia se puede contar en pocas palabras: liberado gracias a la rendición de Cádiz, en octubre de 1823, volvió Downie al alcázar de Sevilla, pero

Three Quarters of the Globe, or Memoirs of an Officer who served in the Armies of His Majesty and of the East India Company between the Years 1802 and 1814, New York, 1829, t. II, p. 149.

⁴⁴ *El Universal* (14-I-1814).

⁴⁵ Para los detalles de este complot, véase *The Times* (8 y 23-VIII-1823); LE BRUN, Carlos: *Retratos Políticos de la Revolución de España*, Philadelphia, 1826, pp. 264-265; y DOWNIE, Juan: *Manifiesto a los españoles y compañeros de armas del Mariscal de Campo de los Reales Ejércitos Sir Juan Downie*, Cádiz, 1823.

al poco tiempo cayó enfermo y murió (como buen católico, otra posible señal de su voluntad oportunista) el 5 de junio de 1826.

¿Cuál es, sin embargo, el significado de esta historia tan larga y complicada? En resumen, nos encontramos con la historia clásica de un aventurero. Un hombre de pocos medios que de repente se encontró en la ruina, Downie echó mano de la turbulencia de la época en que vivió para establecerse en la sociedad. Aquella época sin duda le ofreció oportunidades tremendas —incluso casi infinitas si tomamos en cuenta el ejemplo paralelo de Napoleón— pero durante algunos años la suerte no favoreció al joven escocés y le dejó tan marginado como decepcionado. En la primavera de 1809, sin embargo, un encuentro casual con la figura brillante de Sir Robert Wilson le salvó y desde aquel momento en adelante vimos a Downie trabajando resueltamente para hacer realidad el gran plan que le daría su posición en la historia (nótese la palabra «plan»: muchas veces se comparó Downie con Don Quijote, pero la realidad fue que el comisario escocés siempre obró de una manera absolutamente racional y preconcebida).

Pero aquí encontramos una enorme paradoja. El pilar central del concepto que Downie tenía de su futuro fue el del héroe —el *chevalier sans peur et sans reproche*— y, mientras que la característica fundamental del héroe ideal en que quería convertirse era el conglomerado de cualidades morales que en su conjunto se puede llamar «el honor», para conseguir su objetivo inmediato —el establecimiento del ejército privado que denominó como la Legión Leal de Extremadura— tuvo que obrar de una manera que le distanció cada vez más de sus ideales. A la Junta de Extremadura, al Marqués de La Romana, a Lord Wellington, al embajador británico, al gobierno español, a las Cortes Generales y Extraordinarias y, por fin, al gobierno británico, a uno tras otro, los burló con una serie de medias verdades, exageraciones y falsedades, mientras que cuando por fin consiguió algún éxito, fue bastante efímero. La Leal Legión de Extremadura fue una fuerza que nunca consistió en más de 300 soldados de caballería, y estos de muy poco valor militar. De hacer justicia a Downie, se salvó de esta situación de bancarrota moral por medio de la única salida que le quedó —un acto de heroísmo suicida— y en algunos breves momentos esto le elevó al panteón que tanto había soñado. Pero hay que tenerlo bien claro: sin el Puente de Triana se tendría que recordar a Downie como, en el mejor de los casos, un fantasioso fanfarrón y alucinado y en el peor un estafador cínico e inmoral.

Fue Downie, ciertamente, un ídolo con pies de barro. Sin embargo, las conclusiones que se pueden extraer de su biografía no se limitan solamente a sus cualidades personales. Así, también nos ofrece un modelo de actuación que tiene mucho que decir respecto a la historia del liberalismo español. Durante muchos años la causa liberal se relacionó estrechamente con la actuación de un pequeño grupo de caudillos militares como Juan Díaz Porlier, Luis de Lacy, Rafael Riego

y Francisco Espoz y Mina. Hombres de poco rango social o de historia desafortunada, se encontraron marginados en la España de 1814 y por ello se habrían inclinado hacia la causa de la revolución como el único camino que podía llevarlos hacia un futuro más halagüeño. Incluso ha llegado a suponerse que aquellos caudillos fueron liberales inherentes que desde los primeros momentos se alinearon con las reformas gaditanas. Pero lo que nos presenta la historia de Juan Downie es una visión de la historia mucho más compleja en que un recluta obvio para el liberalismo —un hombre que incluso había militado en las filas del revolucionario criollo Francisco de Miranda— fue capaz de abandonar sus supuestos intereses personales y tirarse en los brazos de un antiguo régimen mucho más diestro y asimilacionista de lo que normalmente se piensa.

Aquí, quizás, tenemos algo de verdadera importancia ya que se ve que en la época revolucionaria, al menos en algunos casos, la adopción de determinadas posturas políticas se basó no en la convicción ideológica sino en la experiencia personal. Así, cuando Fernando VII le ofreció una posición honrada en la jerarquía militar de la España de la posguerra, Downie se convirtió en servil exactamente de la misma manera que Espoz y Mina de la noche a la mañana se le erigió en liberal cuando aquel mismo monarca puso fin a sus aspiraciones respecto al virreinato de Navarra⁴⁶. Con esto no se quiere decir que el liberalismo se base nada más que en las frustraciones personales de un grupo reducido de *outs*, pero hay que reconocer que para un sector sustancial del movimiento liberal siempre existió la posibilidad de satisfacer sus aspiraciones por otros medios que la revolución. En generación tras generación del progresismo decimonónico español vemos una verdadera hemorragia hacia el moderantismo que obstaculizaba enormemente la modernización de España. Llevó consigo, entonces, la historia de Juan Downie las semillas de una cosecha bien amarga.

⁴⁶ Para una discusión de los orígenes de Espoz y Mina como campeón del liberalismo, véase TONE, John L.: *The Fatal Knot: the Guerrilla War in Navarre and the Defeat of Napoleon*, Chapel Hill, North Carolina, 1994, pp. 172-176.